

La nación en la épica de Zorrilla de San Martín

Eduardo Piazza

Recibido: 30/04/2016

Evaluado: 22/12/2016

Resumen:

Este trabajo es avance de un proyecto de investigación sobre las leyendas fundacionales de la nación. Nos centramos aquí en **La Epopeya de Artigas** de Juan Zorrilla de San Martín como ejemplo (tal vez el mejor logrado) de tales leyendas.

Revisamos algunas teorías sobre el surgimiento de las naciones que dominaron el siglo XIX; en particular las de Herder y Renan, expositores principales respectivamente de las concepciones cultural y política de la nación. Seguimos las huellas de esas teorías en las ideas de Zorrilla sobre el surgimiento de la nación oriental, así como las de Carlyle en la construcción de la figura del héroe fundador.

No obstante estos préstamos, Zorrilla planteará en definitiva una concepción providencialista en la que la nación resulta casi una esencia, cuya realización empírica depende del héroe fundador como instrumento. Pero de no ser por el historiador épico (como se autodesigna Zorrilla) las peripecias del héroe y de la nación podrían pasar por siempre desapercibidas. Y así, salvo que este particular historiador se considere otro instrumento, él se convertirá en co-fundador de la comunidad imaginaria nacional.

Finalmente planteamos como hipótesis a proseguir, la posibilidad de variaciones narrativas de estas leyendas a partir de una casuística de procesos constructivos (o bien mitos de origen?) de la nación.

Palabras clave: leyendas fundacionales/ nación cultural y política/ dispositivos narrativos de identidad nacional/ construcción estético-política de la nación

Abstract:

This work is a partial result of a research project on the founding legends of the nation. We focus here on **The Epopeya of Artigas**, of Juan Zorrilla de San Martín as an example (perhaps the best achieved) of such legends.

We review some theories about the rise of Nations that dominated the 19th century; in particular those of Herder and Renan, leading exhibitors respectively of the cultural and political conceptions of the nation. We follow the traces of those theories in Zorrilla's ideas about the emergence of the oriental nation, as well as those of Carlyle in the construction of the founding hero's figure.

However these loans, Zorrilla pose ultimately a providential design in which the nation is almost an essence, whose empirical realization depends on the founding hero as an instrument. But if not for the epic historian (as he considers himself) the adventures of both hero and nation could go forever unnoticed. And so, unless this particular historian is another instrument, he will become co-founder of the imaginary national community.

Finally we establish a hypothesis about possible narratives variants of these founding legends, depending on different constructive processes (or on different myths of origin?) of the nation.

Key words: founding legends / cultural and political nation / narrative devices of national identity / political-aesthetical construction of the nation

La nación en la épica de Zorrilla de San Martín

Zorrilla enfrenta la tarea que se le ha encargado (precisamente la misma que habría dado origen a la escritura de **La Epopeya de Artigas**, en lo sucesivo referida como la **Epopeya**) como un reto difícil de superar: debe transmitir a un conjunto de artistas extranjeros algo parecido al sentimiento de pertenencia a una patria, o a una nacionalidad diferente de la propia. Ese es el tema central en torno al cual se desenvuelven las primeras conferencias de su obra. Más allá de que prestemos o no nuestra credulidad para el escenario que Zorrilla presenta a sus lectores (uno en el que estaría dictando esas conferencias al grupo de escultores reunidos), en nada se alteran los términos del problema. En comparación con la cultura europea en general, y en particular de los países originarios de los escultores, oyentes ya sea reales o imaginarios de estas conferencias, América no poseería tradiciones equiparables. Sus leyendas serían desconocidas; y si se trata de su historia, tres o cuatro siglos (comenzando por el XVI) parecen apenas unos pocos instantes por comparación con los varios milenios acumulados por la europea¹. El desafío es entonces doble: no sólo debe transmitir aquellos sentimientos sino también crearlos. Es decir, en el mismo instante en que relata la breve historia americana y algunas de las leyendas que la poblarían, es consciente de estar sumando esfuerzos en su creación. Por ello entiende que este desafío no puede ser satisfecho por la mera o por la sola historia. Será necesario empeñar también la poesía y la fabulación estética, pues la nación no es una entidad racional, ni la adhesión a ella obviamente tampoco. Se ingresa a ella por la fe, y como toda fe necesita creyentes para existir. El giro que toma ahora el desafío que enfrenta será algo similar a fundar una religión.

Pero los instrumentos con que cuenta parecerían a primera vista escasos o aún insuficientes, tan solamente estéticos. Sin embargo la fuente del sentimiento religioso podría ser tan irracional como la del estético. Por otra parte el molde al que deberá ajustarse su creación puede que se encuentre ya preformado, por lo que ésta (creación) podría entenderse también como un intento de reproducción o *mimesis* literaria de un modelo cultural más o menos naturalizado en el imaginario.

¹ Como se desprende de aquí, Zorrilla supone que la historia de América habría comenzado sólo con la llegada de la conquista europea; y lo mismo hay que concluir de sus leyendas. Si su poema épico **Tabaré** construye una leyenda que podríamos creer atemporal (aunque su anécdota se ubica en el siglo XVI), la **Epopeya** se presentará como relato histórico que se inicia alrededor del último tercio del siglo XVIII, pero al que tanto el género elegido como el estilo de Zorrilla ayudarán a convertir en leyenda y proyectarla así al futuro. Por otra parte los hechos que componen el relato no serían el resultado de un mero azar, sino que su fundamento podría situarse en una eternidad obviamente atemporal. De este modo la obra construirá intencionalmente en ambas direcciones (historia y leyenda), y quedará por siempre en una región intermedia.

En las conferencias intentará evocar el sentimiento de pertenencia a una patria o nación. Pero deja en claro que este sentimiento es universal, el mismo en todos los hombres; aunque cada uno lo experimenta tan sólo por la suya. Este exclusivismo, así como la relativa indiferencia respecto de las otras es resultado de la formación en el interior de un conjunto o sistema de creencias y tradiciones “propias”, que presuponen la ignorancia de las demás. Para captar la atención e interés de quienes lo escuchan, será necesario entonces darle a esta patria un contenido local distintivo y reconocible; esto es, crear una leyenda propia, un mito propio, una religión local y particularista.

Necesita también una proyección de futuro. En el pasado mítico y más o menos nebuloso (que no tiene más de cien años en ese momento) estaría contenida la semilla del presente. Nuestro héroe y la aurora del tiempo inaugural estaría ubicada en el límite entre dos épocas: la de la soberanía del hombre sobre el pueblo (la monarquía) y la de la futura soberanía del mismo pueblo. Al igual que los demás próceres y héroes americanos, el nuestro luchó por la independencia respecto de la metrópoli y potencia colonial; pero a diferencia de todos ellos, o de la mayoría al menos, habría agregado la fe en los pueblos americanos para su autogobierno. El enigma que representaba para sus contemporáneos, la incompreensión, odio, persecuciones y negaciones que debió sufrir remiten al relativo desfasaje temporal del fin que movía sus acciones. Su proyecto político pasaba por la independencia, para terminar en el autogobierno democrático del pueblo; programa que en la conveniente versión de Zorrilla, sólo se habría completado casi un siglo después (es decir, en el presente de su escritura²). Y finalmente entonces llegará la resurrección, la corona de laurel que luego de veinte o treinta años de ensayos reivindicativos rematados por esta **Epopéya** que aspira a convertirse en versión oficial, sustituye a la corona de espinas que el héroe llevó por más de medio siglo.

El contexto de luchas políticas que recorrieron prácticamente desde su creación al Uruguay del siglo XIX absorbió seguramente todas las energías de creación artística que pudieran haber surgido, motivo por el que esa reivindicación se demoró tal vez un tiempo excesivo. Zorrilla sostendrá que si los historiadores épicos no fueran ejemplares tan escasos, Artigas ya tendría, o habría tenido, el suyo (en *Conferencia I*, p. 63); pasaje en el que denota más o menos claramente su aspiración personal. Los historiadores épicos que cita, y en cuya tradición pretenderá apoyarse, serían nada menos que Homero, Shakespeare, el Dante, e incluso Cervantes, mezcla algo particular que en todo caso muestra algunas de las principales influencias que operan en su composición. Aunque la inconsistencia no molesta a nuestro autor, realmente resulta difícil clasificar a todos ellos en el género épico, y a ninguno como historiador.

². Opinión que apunta a legitimar el Estado y organización política de su momento. En *Conferencia III* (pág. 110) Zorrilla dirá que nuestro héroe creía que los ideales de libertad, justicia y paz se realizarían sólo en la democracia, bajo la forma representativa republicana como “...el camino más racional entre los conocidos”. La institucionalización propiamente oriental, prácticamente inexistente en el inicio del relato, se ha concretado en una forma limitada de democracia representativa al momento de la escritura de **Epopéya**. Para aquella etapa inicial, el texto da cuenta de varias asambleas que si bien han funcionado por representantes, nada se dice sobre las formas de su selección.

Lo que tales mentores podrían tener de historiadores es a pesar de ellos mismos, algo que no ocurrirá en la **Epopeya**, creación literaria en la que la historia pretende tener un peso al menos equivalente al de la imaginación épica, o bien es siempre una base firme, incluso documental, para tal creación. Totalmente en posesión de estas ambigüedades disciplinarias con cuyos límites jugará conscientemente, dirá al final de la primera conferencia que en adelante pasará a relatarnos la “verdad estética”, a la que ya ha declarado más verdadera que cualquier otra. Con ella “profetizará el pasado” al mismo tiempo que crea el culto cívico local, sus altares y rituales (pp. 63/4). Es decir, creará un pasado a medida del presente, o uno desde el cual profetizará el presente en que vive el mismo poeta o historiador épico, quien finalmente resultará ser el oculto profeta del supuesto futuro. Veamos ahora como plantea su concepto de nación, y con quienes discute en el texto, tema(s) central(es) de la *Conferencia III* (pp.105 a 140).

¿Qué es la nación?

Zorrilla declara inicialmente en esa conferencia que no pretende presentar las influencias geológicas o de clima como determinantes en la formación de los Estados; ni considerarse capaz de clasificar por su orden de importancia entre los factores geográficos, geológicos, climáticos, étnicos, sociológicos e históricos; todos ellos elementos de “conglomeración” de las unidades primitivas que serían las naciones. Pero inmediatamente admite creer que

“... la influencia de los factores externos (geología, clima, incluso fauna y flora) sobre los factores internos (tipos físicos, morales e intelectuales) de los hombres que constituyen una sociedad política, es de importancia capital en el estudio de los orígenes de un pueblo...” (p.107).

Es decir que, haciendo caso omiso de sí mismo, presentará y clasificará los “factores” que aparecen como puramente naturales, anteriores e independientes de la voluntad humana, como influencias decisivas y eventualmente determinantes sobre esta voluntad. Y concluye que lo serán obviamente también en el origen del “*pueblo oriental del Uruguay*”.

Discutirá a continuación con Unamuno, para quien los centros de atracción alrededor de los que se formaron los estados americanos al dejar atrás la etapa colonial habrían sido las ciudades. Ellas serían los núcleos civilizatorios y ciudadanos, y por tanto único lugar y ambiente en el que podrían surgir los sentimientos de pertenencia a una patria o nación. Las ciudades habrían construido los estados y (¿luego?) las naciones a partir de sí mismas.

Zorrilla cuestiona este punto y diferencia dos posiciones teóricas: la que coloca en la ciudad-república la fuerza potencial fabricante de estados y naciones, y la que atribuye ese potencial a toda la nación (posiciones que estarían relacionadas a, o de las que se seguirían, tendencias políticas opuestas: la aristocrático-monárquica, asociada en el texto a Buenos Aires, y la democrático-republicana). Más allá del uso generalmente intercambiable y poco claro que hace de los conceptos de patria, nación y estado, tal parece que admitiría aquí más o menos implícitamente una distinción entre estado (entidad resultante de la ciudad-república como centro) y nación. Que una tal nación exista con independencia de la(s) ciudad(es) y trascendiéndolas de algún modo, podría

al menos parcialmente explicarse por la preminencia que da a los factores externos, los que llegarían a demarcar aproximadamente un territorio dado, e incluso variaciones étnicas en su opinión. Tales factores condicionarían casi a priori una vaga identidad, que es o bien tenderá a ser nacional (aunque la conciencia de ella no sería necesaria), así como la pertenencia a ese igualmente vago territorio, que se convierte así en una patria.

Pero Zorrilla avanzará un paso más: esa vaga identidad remitiría a una suerte de “alma popular” unificadora, que reside en “todo el cuerpo” (de la nación actual o futura). Las ciudades serían entonces efectos y no causas, posibles cabezas de un organismo, pero nunca su causa de vida. El todo (esa suerte de alma o proto-forma de la nación) precedería a las partes (ciudades, y también individuos), y las determinaría movilizándolas según su ley y finalidad propias. El fin (¿la nación?) crea sus medios, así como el todo crearía sus partes. El principio organizador dinámico precedería al ser vivo concreto (sea individual o colectivo), y mantendría la identidad de este ser en su evolución y transformaciones. Así, la aparición de la patria y nación oriental, y de su mismo héroe fundacional serían resultados de la operación de fuerzas y cumplimiento de leyes que aparecen como naturales, pero que en última instancia podrían ser providenciales; y que en todo caso se sobreponen siempre a la voluntad de los hombres; aunque esta voluntad y las acciones que ella promueve sea lo resaltante y accesible a la visión humana.

La cuestión de la nación queda explicada y sumida en una concepción filosófica más general y de larga data, que remite originalmente a Aristóteles, ha pasado por la escolástica asociada al concepto también aristotélico de “forma sustancial” (principio que da formas concretas a una sustancia más o menos material, inerte e incapaz de dotarse de forma por sí misma), y fue reapropiada por Leibniz en siglo XVII: la noción de “entelequia”³. En Aristóteles estaría asimismo unida o relacionada a su doctrina de la causa (causas material, formal, eficiente y final) y abarcaría aquí al menos las causas formal y final.

Aplicado a la nación, este principio conceptual (un universal a todas luces colectivo) precedería a la existencia del colectivo físico o material, y sería causa de su gestación, organización, unidad y vida. Y será también causa de su forma final (que para el caso de Zorrilla suponemos que refiere a la forma limitada de democracia republicana vigente al momento de la escritura), pues esa forma final ya estaría incluida en el concepto. No es simplemente un concepto sin embargo, sino fundamentalmente un principio ordenador y regulador de todas las energías concurrentes a la formación de una individualidad concreta, aunque estemos frente a una “individualidad” colectiva.

Pero a continuación (pp. 113 y sigs.) se enrieda innecesariamente discutiendo si este principio es o no lo mismo que el alma, para concluir negando esa disyuntiva por motivos que parecen fundamentalmente doctrinales y no siempre claros⁴. En este punto

³ Se trataría de un principio no material de todas y cada una de las entidades particulares, que tiene en sí la capacidad de movimiento, y la de dirigir a tales entidades a través de todas sus transformaciones hacia un fin pre-establecido en ese mismo principio.

⁴ Según la transcripción de Aristóteles por Zorrilla (pág. 114) el alma sería “...la entelequia de un cuerpo natural orgánico...”. Si para Aristóteles entonces la entelequia podría coincidir con el alma (algo que habría que corroborar), en cambio no sería así para la concepción filosófica cristiana. Según esta concepción el alma sería una sustancia espiritual, y por tanto su estatuto ontológico sería superior al que

al menos se nos muestra mejor poeta e incluso mejor historiador que filósofo. En su opinión el alma (inmortal) residiría exclusivamente en el individuo humano y sobreviviría obviamente a la destrucción del cuerpo, pero no ocurriría lo mismo con las naciones por lo que carecería de sentido suponer un alma de la nación. Viceversa, el concepto de entelequia no sería aplicable al organismo humano (no resulta claro el porqué) pero sí lo sería al “organismo” socio-político estado o nación; y desaparecería en la medida en que esto ocurriera al organismo sede. La “entelequia” sería entonces una suerte de alma simple o inferior, tal que desaparecería con el cuerpo u organismo cuyas fuerzas ha organizado. De lo que concluye que “...*las patrias concretas no son espirituales...*” (pág. 115), y por lo tanto tampoco serían inmortales⁵. La longevidad de las naciones dependería de la fe (!)..., o lo que es lo mismo, del patriotismo. Este patriotismo no sería otra cosa que la creencia en la inmortalidad de la patria; tanto más exitosa cuanto más coincidiera con el orden y ley providencial del universo (pág. 116).

En definitiva, ni la ciudad capital ni tampoco el héroe son suficientes a explicar la existencia del Uruguay o de la Patria Oriental⁶, sino a la inversa. Como principio vital de organización esta patria o nación pre-existe a toda ciudad, e incluso obviamente a su(s) héroe(s), pues este principio sería “hijo de la madre naturaleza”; obviamente una naturaleza providencial. Por supuesto que el héroe es tal porque en él anima ese mismo principio. Él concentra y encarna el espíritu de su lugar natural y del pueblo que lo habitará. Así, la originalidad de este héroe y el intento de construir un prototipo autóctono remiten fundamentalmente a las inéditas características de este lugar y de su pueblo, y de la originalidad del proyecto al cual está destinado. Veremos si lo mismo ocurre con sus características, rasgos y cualidades.

Aristóteles (para quien las funciones intelectivas serían las máximas que atribuye al alma) le concede. En la interpretación cristiana de Zorrilla el alma sería entonces “propiedad” exclusiva del ser humano. Zorrilla distingue esta alma de otra “simple”, propia en su opinión de los organismos puramente sensitivos, inferiores al ser humano. Para el caso de estos organismos admitiría la coincidencia entre alma y entelequia, así como también para las entidades colectivas como la nación, una suerte de “organismo” socio-político. Tal coincidencia no sería válida para el ser humano, siendo el principio espiritual “alma” en este caso diferente y superior al principio “entelequia”. También ocurre que “entelequia” designaría para Zorrilla un principio energético (organizador de las fuerzas o energías de un ser o entidad concreta, sea individual o colectiva), y muy próximo a lo material para el gusto de nuestro autor. Nótese además un intento algo obsesivo por tomar una posición que aspira a ser personal en este tema, distanciándose especialmente de Renan y en medida mucho menor del romanticismo político alemán. El resultado que obtiene parece por ahora, y a primera vista al menos, algo confuso.

⁵ Francamente parece difícil imaginar que otra cosa más que espiritual podría ser ese principio formal de organización. En cuanto a que la patria no sería un principio espiritual, es inicialmente una consecuencia que se sigue de lo anterior; pero también podría deberse a que incluyera en ella factores geográficos, geológicos, etc., es decir materiales. En el marco de sus presupuestos teóricos es cierto que el alma, espíritu, sustancia espiritual es propia del ser humano individual, y resultaría extraño extenderla a entidades colectivas. Pero entonces resulta igualmente extraño volver esto coherente con su propuesta de un “alma popular” o similar que residiría en todo el cuerpo u organismo colectivo e igualmente completa en cada una de sus partes (ciudades, individuos, etc.) como sostiene expresamente. Habría que entender que estas referencias serían puramente metafóricas. Por otra parte esta afirmación pretende discutir a Renan, quien como veremos sostiene exactamente lo contrario (que las patrias o naciones son espirituales). Sin embargo Renan concluirá (y en este caso Zorrilla coincide) que las patrias podrían desaparecer algún día, pero lo harían por decisiones voluntarias de los hombres; es decir, por motivos muy distintos a los que esgrime Zorrilla aquí.

⁶ Denominaciones aquí también intercambiables para Zorrilla. Después de todo, podríamos entender que el “Uruguay” sería causa final que está contenida en la entelequia de aquello que comenzó como “patria oriental”.

La influencia de Carlyle

Es reconocida expresamente por Zorrilla su afinidad literaria y estilística, pero también en parte ideológica, con el historiador romántico Thomas Carlyle; admirador del romanticismo alemán y sus autores, anti-liberal, ensoñador de la superioridad de la vida espiritual anterior a la revolución industrial y sus nuevos tipos humanos. Tal vez porque esta coincidencia ideológica no es total (el romanticismo rioplatense será afín al liberalismo), y tal vez por su búsqueda de originalidad (típica también de este romanticismo), Zorrilla intentará poner alguna distancia con las ideas de Carlyle no sin antes tomar de él mucho en préstamo.

En grandes trazos, éste concebía la historia como una realización de los héroes o grandes hombres; y proyectado esto a los orígenes de la(s) nación(es), los héroes serían el núcleo principal alrededor del cual se unificarían pueblos y eventualmente las mismas naciones. Pero podrían extrañarnos un tanto sus elecciones heroicas, tema de sus cursos y conferencias de 1840, publicadas un año después. Entre estas elecciones figuran un dios pagano (Odin), algunos conductores y estrategias político-militares o a la inversa (Cromwell, Napoleón), algunos reformadores religiosos (el profeta Mahoma, Lutero, Knox), y varios otros que la historia registra como escritores de varios géneros (Rousseau, Samuel Johnson, etc.). Incluso un par de poetas (Dante y Shakespeare⁷) que serán también objeto de culto para Zorrilla. Bien, pero considerarlos héroes parece no encajar apropiadamente. En la visión de Carlyle este aparente desencaje se explica por un condicionamiento de época. Los héroes surgen para cambiar decisivamente su entorno y su tiempo. Esta es su esencia fundamental y es la misma en todo tiempo y lugar. Pero surgen en épocas y entornos ya dados, que imponen la apariencia (profeta, reformador, escritor, poeta, genio militar) en la que se presentará la esencia heroica, pues las mismas características epocales requieren precisamente esta apariencia o formato (aunque en realidad tales características epocales que rodean al héroe actual, son resultados de la acción de héroes anteriores). Profetas y reformadores denunciarán decadencia y corrupción, y conducirán hombres hacia nuevos tiempos. No sabemos a qué hombres puedan haber conducido los poetas (se trataría de una conducción cultural). Pero en cualquier caso todos los héroes comparten los mismos rasgos: ellos serían caracteres puros y sinceros, y estarían conectados con la naturaleza y la divinidad. Esta conexión les permite una suerte de interpretación de la época y sus necesidades que puede ser más o menos intuitiva, pero privilegiada y superior, por lo que su voluntad de cambio resultará incontenible. Esta voluntad es expresión de una fe total ya sea en el dios, en la misión que portan, y/o en las creencias que representan. Ellos estarían colocados siempre entre la muerte de un período o época, y el nacimiento de otro, del que serán agentes principales. Por supuesto, esta convicción y fuerza interior induce a aquellos que perciben la verdad en el héroe a seguirlo, pero también le generan poderosos enemigos en el mundo material que resulta amenazado por la transformación espiritual que representa el héroe.

Parecen claras las deudas de Zorrilla con Carlyle en la conformación del tipo heroico local. Sus rasgos más notables reproducen los que Carlyle atribuye a sus propios héroes.

⁷ Ambos serían límites extremos de un Renacimiento extendido, y conducirían a los hombres hacia una nueva concepción de humanidad mediante su excepcional creación poética.

Pero al momento de aproximar a Artigas a alguno de los prototipos de Carlyle, Zorrilla opta por Mahoma, en lugar de algún conductor político y militar, por su calidad de portador de un mensaje y de profeta que arrastra a muchos tras su fe, mientras resulta incomprendido y resistido por otros.

Los aportes propios de Zorrilla en este tema consisten en una construcción del héroe local que requiere componer coherentemente los rasgos de varios de aquellos prototipos. En comparación con Carlyle podríamos encontrar un mayor resalte de los factores naturales (características geográficas que en opinión de Zorrilla influirían sobre los tipos humanos, e incluso pueden llegar a delimitar fronteras “naturales” para gentes o pueblos que lo habitan, etc.), y por supuesto el providencialismo; todo ello primando por sobre la voluntad humana. Esto es, las decisiones voluntarias del héroe en pro de la transformación de su mundo responderán inconscientemente a estas sobredeterminaciones. De algún modo Zorrilla se las arreglará para sortear las dificultades que se presentan a quien intente volver compatibles los planes de una entidad trascendente con la libertad y/o el azar de las decisiones. Si bien Carlyle resalta por su parte la libertad y la fuerza de voluntad, llegado el momento tal vez puedan encontrarse algunas oscuridades en sus supuestos metafísicos. Después de todo, los héroes son para él fuerzas naturales (y también para Goethe y el romanticismo alemán del cual se nutre la filosofía de Carlyle); así que finalmente sería posible que las supuestas diferencias entre ambos se diluyan.

Bien, pero ¿por qué se reitera Zorrilla en las alusiones a Dante o Shakespeare, si estos “héroes” especiales parecen no tener relación alguna con el nuestro? Tendremos que volver más adelante sobre este punto. Veamos ahora rápidamente las discusiones europeas sobre la nación que han comenzado sobre la última mitad o último tercio del siglo XVIII.

Zorrilla entre Herder y Renan

Carlyle es una lectura relativamente secundaria en la cuestión central de la nación. Los aportes relevantes para el tema provienen de otras fuentes entre las que destacan Herder y Renan como extremos teóricos en principio opuestos. Herder sostiene una concepción que podríamos considerar cuasi naturalista de la nación, implicando elementos físicos (territorio, clima, etc.) y otros a medio camino entre la biología y la antropología (raza), pero que derivará a componentes culturales (lengua, literatura, arte, etc.). Cerca de un siglo después Renan defenderá una concepción voluntarista de la nación. En resumen Herder (y también Fichte) será reconocido como el principal teórico de la “nación cultural”, mientras Renan lo será de la “nación política”.

La respuesta de Renan a la pregunta por la nación no está exenta de alguna ambigüedad. Podría suponerse que refleja varias contraposiciones teóricas asociadas, por ejemplo entre cultura y civilización, o también entre las concepciones romántica e ilustrada (de las que derivarán aproximadamente las concepciones cultural y política de la nación), y en definitiva entre la tradición de pensadores franceses y la de alemanes. Como se verá Zorrilla reproduce al pie de la letra los elementos de explicación a que acude Renan, pero a pesar de apoyarse en él de forma generalmente implícita, intentará responder a la importancia relativa de estos factores explicativos de manera opuesta a su mentor. Por

ello, y al menos en principio, parecerá difícil concebir una conclusión más alejada en cuanto a sus respectivos modos de entender la nación.

Más allá de esa relativa ambigüedad que referimos, lo cierto es que el planteo de Renan muestra una sorprendente vigencia. Las naciones habrían sido un resultado histórico de aparición reciente, que surgen a partir de la sustitución del principio pre-moderno de organización (el derecho de propiedad de los príncipes sobre territorios y hombres), por el principio moderno, el derecho político y jurídico “nacional”. Pero sobre los restos de las luchas que han culminado en esa sustitución, se levanta una nueva lucha por los fundamentos teóricos y políticos que legitimen el nuevo principio. Es decir, se trata de construir nuevas narraciones, ahora finalmente “verdaderas”, sobre el origen y fundamento de la nación. Renan refutará las principales en su famosa conferencia (*¿Qué es una nación?*, de 1882), previo a rematar con su propuesta “positiva”. El fundamento étnico o de “raza” parece ser el argumento más duro, pero simultáneamente sería también el más débil. Renan disuelve el argumento “antropológico” y la misma concepción de raza más o menos pura. La población de las naciones europeas modernas sería mayormente el resultado histórico de mezclas sucesivas. A continuación discute el argumento o fundamento “filológico”. La lengua no sería sino un signo más o menos disfrazado de la raza, que se pretende mantener en estado supuestamente originario, puro y obviamente diferencial. Pero al igual que la raza, la lengua sería también un resultado histórico y variable, y en todo caso su derrotero y sus mezclas podría no coincidir con el de las etnias o poblaciones. Descartará también la religión, decisión de Estado o del príncipe hasta siglo XVII, pero devenida luego cuestión de conciencias individuales. Otro tanto ocurriría con la comunidad de intereses, apta para formar ligas comerciales pero insuficiente para fundar patrias o naciones. Y finalmente tratará los factores geográficos, las supuestas “fronteras naturales” delimitadoras de los alcances territoriales de las naciones. Los accidentes geográficos favorecen o dificultan los movimientos de poblaciones, pero tampoco constituyen naciones por sí. La tierra es un sustrato material de asentamiento, pero la nación no se asentaría en factores materiales sino espirituales. ¿Cuáles serían entonces aquellos factores que considera “positivos” para el alumbramiento moderno de la(s) nación(es)?

Pues en primer lugar el olvido; olvido de la violencia original a toda (o casi toda) formación política. La unidad o unificación “nacional” se ha logrado por imposición, cuando no por crímenes o sometimiento y hasta eliminación de algunas poblaciones. En tiempos remotos y convenientemente olvidados (obviamente pre-nacionales), invasores “externos” o grupos “internos” crean dinastías, aristocracias y casas monárquicas que se consideran propietarias de las tierras y poblaciones sobre las que imponen su dominio. Luego (un luego por supuesto relativamente extendido en el tiempo), y mediando las imprescindibles leyendas de legitimación, esas aristocracias y dinastías se presentarán como autóctonas y precursoras de la unidad “nacional”.

En segundo lugar el error histórico. Es decir, que la historia o los historiadores omitan ese origen y “equivoquen” su explicación. Por ello considerará que el progreso de la disciplina y los estudios históricos representarían un peligro para la nacionalidad

(argumento previamente expuesto también por Nietzsche⁸, aunque fundado en otras razones).

Y en tercer lugar que “todos” quienes participan o se integran en la nación posean mucho en común. Parece que este “mucho” sólo puede aludir al pasado. Y para empezar, podríamos decir que lo primero que poseen en común es aquella violencia original de la que han sido objeto físico o material los primeros “con-nacionales” a la fuerza, y su olvido por todas las generaciones sucesivas.

Trasladado a los términos actuales de la discusión, Renan ha dicho buena parte de lo que resulta relevante en la construcción de la memoria colectiva. Como es sabido, memoria también selectiva; es decir, “elige” de variadas y complejas maneras qué recordar y qué olvidar. En la medida en que la historia contribuya en su conformación, sospechamos que esta construcción es al menos parcialmente ficcional, y que la memoria resultante será en la misma medida una fabulación.

La nación no se compone de elementos materiales, pues sería un principio “espiritual”, y el espíritu (o alma) pertenece sólo al hombre. En consecuencia, estaríamos en presencia de una “familia espiritual”, definición en la que “familia” adquiere una connotación metafórica. Es decir, convierte en lazo (espiritual) extenso, el sanguíneo que más o menos efectivamente unía a la antigua *gens* o a la tribu en épocas casi fuera de la historia. No creemos arriesgar mucho si agregamos que la propuesta de Benedict Anderson (1983), la nación como “comunidad imaginada”, tendría al menos un aire de familia (ahora aludimos a un parentesco conceptual) con la propia de Renan, antecesora en cien años. En todo caso Renan le añade un lazo de consanguinidad, obviamente imaginario, que sugiere también el apego sentimental o afectivo directo.

Este principio espiritual sobre el que se constituye la nación, ese lazo de solidaridad cuasi familiar, tendría dos dimensiones según Renan (y fácilmente se podría agregar una tercera): la dimensión “pasado”, más o menos indefinidamente largo, compuesto por un denso y rico legado de recuerdos (ya hemos visto que al menos parte de ellos pueden resultar ilusorios, y Renan mismo ha dicho que podrían ser falsos) que incluye hechos heroicos, gestas y glorias comunes, y que sustenta (a la vez que se sustenta en) la glorificación y culto a los antepasados. Y la dimensión “presente”, en la que se contiene el deseo de vivir en común y el voluntario consentimiento consecuente con ello. Parece claro que Renan diluye la dimensión “futuro” en una especie de presente continuo. Aunque podría haber añadido al legado común de sacrificios pasados, la promesa y proyección de reiterarlos en el futuro en caso de ser necesario. Sin embargo, y en línea con las transformaciones políticas de signo democrático ocurridas desde la revolución en adelante, lo finalmente decisivo es que la nación se constituye y se continúa por una suerte de plebiscito diario, que probablemente preguntaría por la vigencia de continuo renovada de la voluntad y deseo de vida en común.

En tanto la nación moderna ha tenido una aparición reciente, adelanta también su posible fin como fenómeno histórico, en lo que podría intervenir una eventual decisión democrática. En definitiva, y a pesar del juego aparente con el principio espiritual,

⁸ En su Segunda intempestiva: *Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, de 1874. En Nietzsche, F: **Consideraciones Intempestivas o Inactuales** (2007)

concesión posible a la filosofía política alemana, lo fundamental en su concepción de nación será la voluntad y decisión humana constructora de la comunidad. Su principio, que es también el principio propiamente moderno, es de fondo político, y seguramente remite a la revolución francesa; momento paradigmático de final sustitución del principio monárquico pre-moderno por el moderno, el nuevo derecho político del pueblo-nación soberano.

Parecería notoria la mayor cercanía de Zorrilla con las ideas que provienen de Herder y del romanticismo en general. En grandes trazos, para esta concepción opuesta al universalismo o cosmopolitismo ilustrado, la humanidad estaría dividida en naciones. Cada nación poseería rasgos propios diferenciales y relativamente inmutables en la historia; o bien cada una podrá registrar agregados y modificaciones históricas, pero su núcleo es estable y nunca ocurrirá que por efecto de esos cambios dos cualesquiera puedan llegar a confundirse o incluso asemejarse. Las naciones se distinguirían entre sí por su composición étnica y/o por su lengua (factores que por largo tiempo aparecieron como decisivos), y también por otros componentes culturales, tales como literatura y arte propios. Todo ello conformaría entidades orgánicas, trascendentes y por supuesto anteriores a todos los que hoy la integran. Su existencia es objetiva; y a veces objetivamente determinada por factores naturales. La nación existiría antes y con total independencia de cualquier conciencia subjetiva de ella; se pertenece a ella en forma también objetiva, con total prescindencia de la percepción consciente. Las decisiones individuales no cuentan, la entidad objetiva se impone por sobre las voluntades subjetivas, las que se reconocen entre sí y finalmente a sí mismas como partes pertenecientes a tal entidad. Cada nación tiene su cultura y su espíritu propio y diferencial: el *Volkgeist* (literalmente, el “espíritu del pueblo”) denominación que obligaría a precisar las relaciones entre pueblo y nación, que pueden volverse complejas. En este marco teórico se trata de un pueblo coextenso temporalmente con la nación. Este espíritu de la nación o del pueblo surgido en un tiempo indeterminado, está “asentado” en un territorio dado, busca siempre su autodeterminación, independencia y autogobierno, así como una organización política propia, correspondiente a sus características culturales diferenciales. En síntesis, aún suponiendo que se parte de la unidad biológica y fisiológica de la especie (siempre que no se sostenga que las variantes étnicas implican diferencias de ese nivel), desembocamos en la creencia o hipótesis de una incommensurabilidad, y eventualmente en la incompatibilidad cultural entre naciones.

¿Podemos otorgar alguna originalidad a la hipótesis o teoría de Zorrilla? Ella se encuadra en la alternativa “genealógica”, denominación con la que se conocen las interpretaciones que dominaron el siglo XIX europeo hasta su último tercio, y que coincidieron en la búsqueda de los rasgos diferenciales de la nación, los que remontarían siempre a orígenes legendarios. Estas interpretaciones habrían sido producto directo del romanticismo cultural y político alemán de la última parte del siglo XVIII, o bien deudoras de él. Seguramente hay variantes dentro de esta línea que pueden acentuar raza, lengua, religión, un remoto pasado común, tal vez uno o varios ancestros también común(es), y finalmente producción literaria y cultural en general.

Es frecuente unir al romanticismo también una concepción organicista (que precisamente concibe la nación como un organismo o totalidad en desarrollo constante, posición opuesta al atomismo que remite a la filosofía política inglesa), pero podría no

ser necesariamente así. Por ejemplo para Palti (2003) sería posible encontrar este organicismo también vinculado a las discusiones internas de la ilustración europea con anterioridad al surgimiento del pensamiento romántico. En realidad el organicismo como teoría social resultaría de la extensión de las discusiones que se procesan en la filosofía natural (en este caso en lo que por entonces era “historia natural”, y luego se convierte o desprende como biología), al campo de lo humano en general. Un intento más de los muchos que de uno u otro modo se aplicaron a reducir la complejidad agregada de lo humano a la relativa simplicidad más básica de sus fundamentos naturales, pasando de un campo al otro ya sea por analogía o tal vez incluso por metáforas. Hay que contar por supuesto con otras complejidades añadidas, las propias de esta discusión en particular. Una de ellas proviene de la necesidad de armonizar o bien directamente confrontar las creencias o teorías fijistas (las diferentes especies serían resultado de apariciones, tal vez creaciones, separadas o discretas), con la ocurrencia de transformaciones evolutivas; o bien, como lo recoge Palti, la armonización de las *fulguratio* (aparición de entidades o especies nuevas) con la *evolutio*. Es obvio que los organismos individuales se desarrollan o evolucionan cambiando sus características, y/o agregando otras que no parecían estar visiblemente presentes en el momento inicial. Una de las primeras hipótesis o teorías explicativas fue la de la “preformación”, según la cual todos los cambios registrados serían resultado de un plan, una suerte de programa, inscripto desde su inicio en ese (y en todos los) organismo(s)⁹.

Saltamos casi tres siglos para reencontrar no sólo los ecos de esta discusión sino también una presencia fuerte del preformismo en Zorrilla, aplicado a las teorías sobre el desarrollo humano y social. ¿Cómo explicar la presencia de notorias diferencias físicas y culturales entre grupos más o menos extensos de individuos que se presentan conjuntados como naciones? ¿Sería posible suponer que en algún tiempo hubiera ocurrido una creación o *fulguratio* de tales grupos específicos de hombres? No sería esta obviamente la idea de Zorrilla, sino que superpondrá la preformación a un cierto naturalismo físico, próximo al determinismo, del que se seguirían marcadas diferencias entre grupos humanos.

Este naturalismo está presente en Herder y aún antes es hipótesis fuerte ya en el preromanticismo. Así por ejemplo para el evolucionismo temprano de Montesquieu la diversidad de formaciones culturales surgirían por la influencia de agentes físicos o naturales (geología, clima, etc.). De la acción de diferentes agentes, o incluso de diferencias cuantitativas o de grado de los mismos agentes naturales que presionan sobre los grupos humanos, se seguirían diferencias aparentemente cualitativas, ya sea físicas, eventualmente organizativas, y también culturales entre estos grupos. Descartamos entonces el creacionismo de los grupos humanos constituyentes de las naciones. Pero tal vez podría ocurrir algo equivalente a la *fulguratio* de sus principios de organización; esto es, de sus respectivas entelegías. La evolución histórica de los grupos humanos es protagonizada por ellos mismos; pero tanto la historia natural de la especie y sus individuos, como la historia de cada uno y todos los grupos humanos, será

⁹Idea y teoría que corresponderían a Malpighi y/o Jakob Swammerdam (ambos en siglo XVII), recogida por Leibniz luego (principios siglo XVIII), en cuyo sistema filosófico la preformación constituye una de las bases fundamentales; una suerte de programa conceptual, ideal, espiritual en definitiva.

también el desarrollo de aquello que estaba prefigurado en su principio activo, o entelequia propia. También Zorrilla parece entender así el evolucionismo o como sostiene “*la doctrina moderna de la evolución*” que contaría con un principio interno dinámico de los seres orgánicos (equivalente a la entelequia leibniziana) como supuesta “*entidad empírica*” que dirigiría “*...el plan arquitectónico que sigue cada individualidad orgánica*” (*Conferencia III*, pág. 113). Parece difícil no remitir en última instancia a la providencia y sus omnipresentes planes. En cierto modo cada nación será una suerte de esencia que se desarrolla a sí misma.

Creemos que esta posición esencialista de Zorrilla se mostraría bastante claramente en un discurso pronunciado en España el 12 de octubre de 1892¹⁰, donde exalta a la “*...inmortal persona Hispania*”, y explica que no se refiere a “*...la entidad política o al estado español solamente; hablo de la entidad humana, de la nación hispánica...*”. Y demuestra tener ya bien conocida la conferencia de Renan, aunque tal como hará en su época más de diez años después, obtendrá consecuencias diferentes de las mismas premisas, y hasta de las mismas palabras:

“...una nación es como una humanidad en la humanidad, un alma, un principio espiritual que informa los hechos encadenados (...) ata en haces a los hombres y los empuja a través del tiempo y el espacio (...), es una herencia de recuerdos aceptada por un acto colectivo perpetuamente renovado...”

A continuación declara ser incapaz de definir lo que sea la nación, pero en cambio puede sentir intensamente la respiración de ese “*gran ser colectivo*”, una “*sola entidad indivisible*” cuya base sería el “*alma celtíbera*”, a la que parecería se agregan otros pueblos en oleadas históricas, ya sea en forma de choques y/o integraciones, aunque suponemos que su idea consiste en que el alma original primará sobre todos los agregados, o bien que los integrará manteniendo su esencia intacta. Como sea, esa entidad indivisible Hispania que andando el tiempo histórico (el despliegue interno del principio activo?) absorberá el nuevo mundo estaría animada “sustancialmente” por un espíritu, y sobre el todo flotaría un arcángel o mensajero del dios “*que preside los destinos de las razas*” El resultado sería una persona (una macro Hispania), unida por la lengua y obviamente por la religión comunes.

Todo poéticamente brillante pero muy poco riguroso, más allá de que su intención aquí no es precisamente la búsqueda de rigor conceptual. Tal parece que sin mediar explicaciones nos obliga a saltar de la nación a la civilización, de ésta a la religión, e incluso a algo similar a la raza. El discurso intentará reordenar los sentimientos luego de describir la aparente desintegración poscolonial de ese espíritu único en las patrias ibero-americanas; desintegración que puede ser política pero nunca espiritual, pues el espíritu de la gran nación hispana permanece intacto en un nivel que trasciende a la visible fragmentación política:

“...el sentimiento de nacionalidad que proclamo no debilita el santo sentimiento de la patria (sino que) lo vigoriza y lo incorpora a la gradación que es la eterna armonía providencial: el sentimiento de patria en el de nacionalidad, (éste) en el de raza, (éste)

¹⁰ *El mensaje de América*. Contenido en Zorrilla (1905).

en el de humanidad creada, (y éste) en el de acatamiento y adoración al Dios Creador y Conservador de la humanidad, de las razas, de las naciones y de las patrias”.

Aunque las ideas centrales quedan suficientemente resaltadas, el propósito que persigue está lejos de la búsqueda de claridad conceptual, sino que se orienta a crear emotividad. Así se explica la arenga que le da cierre al discurso, seguramente seguido de largos aplausos y vítores: “...el único grito digno de la raza hispánica en este momento perdurable¹¹, (...), el solo digno de la gran raza cristiana: ¡Gloria a Dios!”.

Ya no es posible saber si Hispania es un espíritu, una nación, una civilización o una raza, aparentemente la más grata a la divinidad.

La nación oriental

En todo caso, aunque seguramente no haya abandonado estas convicciones y creencias en los siguientes quince años, la **Epopeya** estará dedicada estrictamente a la nación oriental; y su escritura se ajustará a otras condiciones algo más rigurosas. Pasaremos ahora del viejo al “nuevo mundo”, para llegar a la región y finalmente a nuestra localidad, temas que ocuparán las *Conferencias II y III*.

La historia de América sólo habría comenzado con la colonización. Antes de la llegada de Europa, este territorio estaba habitado por hombres, pueblos y razas sin historia. Lo que permanece de ellas se ha integrado a la historia de la nueva población, que proviene de Inglaterra, España y Portugal. Tres pueblos (tres naciones) entre los que podrán encontrarse diferencias relativas, pero que pertenecerían todos a una única raza y a una única civilización; y esta civilización es cristiana (*Conf. II*, pp. 69 y sigs.)¹².

En cuanto a la distribución territorial del nuevo sub-continente entre España y Portugal, Alejandro VI fue quien dividió las posesiones de estos pueblos, con un movimiento aparentemente arbitrario de su báculo que partió el territorio de la América del sur. Pero como ya insinuamos, esa arbitrariedad podría ser sólo aparente; después de todo Alejandro era el vicario del Dios en la tierra. Ese corte se aproximaría a las divisiones geológicas (atlántica y andina) del territorio (*Conf. II*, pp. 76/7), y será factor en primera instancia determinante de la genealogía de las futuras naciones americanas. Pero en una segunda instancia esta genealogía responderá aproximada o precisamente a aquellas particiones geológicas; aunque tal vez con la única excepción de la propia Banda Oriental¹³.

¹¹ Al inicio de este discurso pronunciado frente al Monasterio de la Rábida, Zorrilla instala una escena en la que describe la partida de las carabelas como si estuviera ocurriendo en ese mismo momento. No sabemos qué efecto haya logrado la sugestión (por cierto poderosa), pero al menos muestra concebir un tiempo en que todos los sucesos que componen la “historia” de lo que sea (en este caso la de Hispania, y especialmente la absorción del nuevo mundo por esa entidad espiritual), podrían estar simultáneamente presentes.

¹² Como se ve ha ampliado los conceptos de raza y civilización convenientemente utilizados en el discurso antes analizado para incluir ahora a Inglaterra junto con Hispania. Esta inclusión de la que podría haber prescindido sin mayor pérdida para su objeto, es útil al menos para demostrar claramente que la religión sería factor decisivo en la determinación de grandes civilizaciones, categoría obviamente más abarcativa que la de nación.

¹³ Su excepcionalidad se debe a que el territorio se inscribe en la región atlántica por lo que ya sea “naturalmente” o bien políticamente habría pertenecido a Portugal. Las remotas causas de su futura

¿Se trató de una decisión humana, “meramente” política? Más allá de las apariencias, tanto el corte divisorio como el surgimiento futuro de las naciones americanas serían resultados de una suerte de “ley natural” algo extraña, en la que se incluirían hasta las características geológicas del territorio. Así es que la geografía (incluyendo geología, clima, etc.) mandará en la historia; y la naturaleza impondrá finalmente sus condiciones a todo designio humano (pp. 102 y sigs.). Aunque no es difícil suponer que la voluntad divina es la verdadera causa última.

¿Qué papel toca a los héroes locales y al nuestro en particular? Él será el emergente en el que tomará forma humana e intelectual aquello que estuvo desde siempre dispuesto; instrumento o medio más o menos inconsciente por el que tales disposiciones se vuelven realidad concreta en la historia humana. Portadores de una misión, la voluntad del héroe se vuelve siempre el instrumento al servicio de aquella. En el caso de Artigas, una suerte de visionario, aún cuando su visión pudiera ser incompleta, ella recubre la misión y el fin del que es portador. Tal fin y misión será la de alumbrar y volver posible la nación oriental. El héroe encarna y da forma humana inteligente a las “leyes” y la acción carente de voluntad y conciencia de los elementos naturales. El recorrido y los sucesos en los que se desarrolla y da cumplimiento la misión que el héroe transporta es la historia épica de la nación oriental, al menos de su surgimiento a los ojos de los hombres.

Y no sólo el héroe posee una misión, por la que cumple un rol en el gran plan. También la nación tiene reservado su propio rol en este plan, pues será la primera en América en poner en práctica y luego expandir el ideal democrático, que el héroe ha ayudado a nacer en ella. Ha ayudado a parir una idea que la nación portaba en sí, dado que tal ideal estaba contenido en el plan, así como también en el programa de su “entelequia” o “alma simple”.

Nos parece que estas ideas se condensan en el relato-descripción que hará del éxodo oriental (*Conferencia IX*), suceso épico inaugural del que surgirá la nación, y a partir del cual tomará más o menos rápidamente conciencia de sí misma. El destino de la Banda Oriental se discutía entre los varios representantes que han sido designados por la Junta de Buenos Aires, por la Junta española, por el Imperio de Portugal, y finalmente el embajador inglés en persona como aparente mediador; pero tan representante de intereses sobre la región como los demás. Para resolver el conflicto cruzado de todas estas partes, entre las que la Banda misma no contaba en absoluto, se decide restablecer un equilibrio más o menos inestable mediando nuevamente el reconocimiento a Fernando VII, el levantamiento del sitio de Montevideo y el retiro del ejército auxiliador comandado por Rondeau. Pero la resolución de las fuerzas locales, de su jefe, y del pueblo oriental en definitiva es muy otra: ellos no reconocerán al rey español ni tampoco al virrey, ni menos aún las disposiciones de la Junta porteña, pues ese pueblo es ya un “...núcleo providencial incontaminado de libertad...” (*Conf. IX, V*, p. 41), que se representa a sí mismo (aunque para Buenos Aires sólo representaría el desorden), y mediatamente la revolución en América. Su objetivo como el de su conductor, aún algo oscuro tal vez, es la autonomía. Y así se inicia el éxodo.

genealogía como nación independiente remitirán a razones étnicas, lingüísticas y sociológicas según Zorrilla; aunque finalmente serán otras las causas decisivas.

Transcurrido poco tiempo, Rondeau pedirá la convocatoria del Congreso de Octubre o de Miguelete, que se constituirá en la primera asamblea nacional. Aparece allí claramente la nación en uso de su soberanía, y dictará su primer ley. La nación delibera, legisla, se representa a sí misma y se defiende en armas. Proclama a su conductor como “jefe de los orientales” e inician (o retoman) marcha hacia el norte. Se mostraría aquí lo que distingue a Artigas de otros héroes menores, su carácter de portador de un mensaje o misión “sagrada”, la de fundar una nueva nación. Y ésta a su vez se muestra en posesión de su destino propio, tal que para cumplirlo ni siquiera le hace falta anclarse al territorio.

Tal vez Zorrilla podría haberse servido de este pasaje para diferenciar los conceptos de nación y patria; dado que la nación se alza o sostiene como posibilidad y realidad precisamente en el acto de desprenderse de su territorio-patria original. Parece acercarse así a Renan, pues la nación se volvería entonces casi exclusivamente una decisión política voluntaria de los hombres que la crean y optan por permanecer continuamente en ella. ¿Se tratará de un eclecticismo de nuestro autor que toma indecisamente el camino teórico del romanticismo alemán (la nación “cultural”), y luego el del voluntarismo francés pos-revolucionario (la nación “política”)? Creemos que ambas líneas teóricas tienen alternativamente su momento en Zorrilla. La situación del territorio (dentro de la zona de influencia o “propiedad” portuguesa) sumada a la conformación sociológica española de su población, prestarán la excusa para la disputa entre las dos naciones europeas y hará a la larga imposible la integración a cualquiera de los núcleos americanos luego resultantes de ellas. La cultura de la proto-nación (etnia, lengua, tradiciones lejanas) tendrá su peso decisivo para rechazar el dominio y/o la integración portuguesa o brasileña. Pero en el momento decisivo será la voluntad política la que rechaza la obediencia a Buenos Aires y se planta como provincia y nación autónoma. En definitiva Zorrilla seguirá un camino teórico que integra ambos componentes. Territorio (divisiones geológicas) y leyes “naturales”, factores culturales, decisiones políticas voluntarias, serán momentos separados que confluyen en la misma dirección: aquella en la que los ha aunado el gran plan de la providencia.

El deus ex machina

En realidad buena parte de los relatos de origen de la nación seguirían aproximadamente un esquema similar, y parecen servir por regla general a un propósito común. En cuanto al esquema, se trataría de un relato dramático, fundado generalmente en un mito extendido, o bien (más raramente tal vez) fundador de él, y que por ello resultará de amplia y general aceptación, al punto de convertirse potencialmente en historia oficial. El mito de la nación cultural plantea su origen en una era remota en la que, por supuesto, no existe el Estado. El relato reconstruirá dramáticamente el desarrollo que llevará al completamiento de la nación en la nueva forma de un Estado-nación. En cuanto al propósito, esta reconstrucción de un pasado prestigioso servirá generalmente a legitimar el Estado del presente y sus metas de futuro si las tiene.

Tal parece que habría sido también frecuente en los relatos europeos de la nación remontar el origen legendario a la alta edad media (posterior a la desintegración del Imperio romano de Occidente), y que en algunas versiones se tomara la conversión al cristianismo de un rey (que puede ser histórico o ficticio) como momento clave de la fundación nacional. Pero esta leyenda complica el relato cultural, pues sacraliza la

monarquía al unirla al cristianismo, e indirectamente también al Estado, que se vuelve así institución y sujeto central del que dependería la unificación territorial y de población, y la creación nacional en definitiva; variación narrativa que, de paso, ilustra a la perfección algunas de las agudas observaciones de Renan.

Por contraposición la América poscolonial es muy reciente, y tal como Zorrilla lo ha dicho, sus tradiciones no se compararían a las europeas, al menos no en longevidad. Aunque los dispositivos poéticos que pone en juego Zorrilla para crear una tradición a la vez histórica y legendaria alcanzan una sorprendente resonancia, igualmente parece en teoría difícil equiparar el efecto de atemporalidad logrado por los relatos de orígenes nacionales europeos con los americanos.

Si el efecto del dispositivo mítico supone la negación del tiempo histórico, también se sirve de él, creando la ilusión de profundidad o de un momento inicial tan remoto que escapa a la historia. En nuestro caso local y dada la cercanía del origen parecería adecuado buscar otra fuente capaz de evocar la misma ilusión de atemporalidad y permitir la plena operación del dispositivo¹⁴. Tal podría ser la función que cumple la hipótesis providencialista: aunque los sucesos que llevarán al surgimiento de la nación oriental parecen comenzar a desatarse uno o a lo más un par de siglos atrás, en realidad ellos están colocados en una cadena de acontecimientos que remite al origen de la creación; y si se trata del plan en el que están inscriptos, entonces su origen se ubica en la eternidad.

¿Pero qué lugar dejaría este supuesto plan para la acción humana? ¿Significa que ella resultaría superflua o incluso innecesaria? Por el contrario el papel de los héroes es imprescindible. El héroe es un núcleo de unidad, un centro de atracción, y sin él sería posible que ocurriera simplemente la disgregación de cualquier grupo humano. El determinismo de los elementos naturales será obviamente insuficiente por sí solo a conformar una nación; pero tampoco serán suficientes por separado, aunque seguramente sí necesarios en conjunto, los elementos de identidad cultural así como la voluntad política. En el héroe todos estos factores están de algún modo simbolizados y toman forma humana concreta, por lo que él resultará el disparador de todo lo que estaba contenido y en espera (aunque también podríamos interpretar que la providencia se encarga precisamente de proveer en el momento adecuado los recursos humanos necesarios para el cumplimiento de sus planes).

Bien, pero sin el “historiador épico” tampoco el héroe sería suficiente, pues sus acciones podrían ser ignoradas, ocultadas, borradas de la memoria, o como ocurrió en nuestro caso, sustituidas por una leyenda “negra”. La resurrección del héroe fundador es debida a los intentos de reivindicación que llevan alrededor de veinticinco años en ese momento. Estos intentos han sido emprendidos fundamentalmente desde la historia (en el prefacio de **Epopeya** se citan los trabajos de Carlos María Ramírez, Justo Maeso, Francisco Bauzá, Isidoro de María, Eduardo Acevedo, y algunos otros), y todos ellos serán finalmente rematados por el de Zorrilla que aporta un nuevo enfoque o bien un

¹⁴ Ya ha hecho un primer intento en el poema **Tabaré**, aunque allí el origen de la nación estaría en la mujer española que ha quedado cautiva en este suelo. Treinta años después de este poema, la **Epopeya** replantea el problema, buscando ahora otras respuestas alternativas.

nuevo formato estético que volverá posible la fijación de la leyenda. Además de la escritura épica Zorrilla añadirá también a su relato otro componente que apunta, al igual que el dispositivo estético, a la movilización irracional: el religioso.

Las razones para esta decisión de Zorrilla son varias, en primer lugar su propia formación. También hemos mencionado ya que el sentimiento de patria, o de nación para este caso, sería un derivado de la fe, o directamente una forma de fe por sí misma. Y esta fe es universalmente la misma. El patriotismo no sería más que el modo en que se expresa la fe en la vida y continuidad de la patria o nación local; y por tanto una fe o religión local.

Por otro lado, la comunidad humana, étnica, sociológica y finalmente política que Zorrilla percibe como población de la inicial Banda Oriental, y ahora de la República Oriental del Uruguay, sería de gran predominancia de la ascendencia española; encuadrada por tanto en la civilización europea y cristiana (obviamente sinónimos para Zorrilla) y en su tradición. Su leyenda tomará entonces rasgos inequívocos que la emparenten con esa tradición civilizacional. Y por supuesto el reconocimiento de la leyenda es casi de nivel intuitivo, no exige ni requiere esfuerzo racional alguno. Por el contrario permite la identificación e incorporación no mediada, en lo que demuestra (si esto se cumple) su éxito y la eficacia de los instrumentos y dispositivos de identidad puestos en juego, tanto estéticos como religiosos.

Pero entonces cabría revisar, y tal vez cuestionar, las hipótesis y la concepción de la nación propuesta por Zorrilla. Pues, si bien es cierto que el determinismo natural, la preformación y la concepción providencialista son resaltantes, ellas conforman un dispositivo teórico que encubre otro: el de la construcción narrativa y cultural de la nación por el mismo poeta.

El héroe será vehículo e instrumento providencial de construcción de la entidad sociológico-política “nación”. El poeta o historiador épico podrá parecer como personaje de importancia secundaria, que generalmente hace su entrada en escena mucho después de los sucesos que relata. Pero en realidad este historiador será además creador en parte de esa misma historia. Y así se entiende finalmente su continuo recurso a Carlyle (es decir, al prototipo de héroe poeta ejemplificado por Shakespeare o incluso por el Dante). Personaje secundario tal vez, tardío seguramente, pero tan importante como el héroe, pues será él quien en realidad lo inmortalice. Y a través del héroe, será también él quien más o menos indirectamente inmortalice a la misma nación en cuya construcción cultural está aportando decisivamente.

Arrancando entonces por una posición al menos próxima al esencialismo, o bien una inscripta entre las versiones genealógicas de la nación, terminaríamos por otra, del estilo propuesto por Anderson (op. cit): la nación es una comunidad imaginaria e imaginada; y en un lugar muy destacado, cuando no en el primero, imaginada por el propio poeta o historiador épico. De no ser él mismo otro *médium*, instrumento o vehículo de los designios de la providencia, estaríamos ante un constructor narrativo de la nación lisa y llanamente.

Las variantes narrativas de la nación

Zorrilla utiliza indistintamente en **Epopeya** los conceptos de patria y nación (también Estado, pueblo, país, y otros que no vienen ahora al caso) como si fuesen intercambiables sin alteración de contenidos. No sería del todo adecuado acusarlo por este manejo poco cuidadoso, pues el mismo aparente descuido persiste aún transcurrido más de un siglo entre varios de los especialistas en estos mismos temas. Así como es frecuente esa indeterminación, podríamos también considerar la posibilidad de que significasen entidades imaginarias diferentes; y por otra parte la posibilidad de la inexistencia de un vínculo necesario entre patria y nación.

Por su etimología la idea de patria alude a la tierra en que nacieron y/o vivieron nuestros padres, quienes yacen bajo ella. El suelo por el que transitamos entonces es una suerte de velo superficial y además sagrado. Pero entonces el sentimiento de pertenencia a una patria incluye necesariamente a nuestros ancestros así como a todas las generaciones antecedentes. El lazo que nos une imaginariamente a ellos se extiende en el tiempo y se expresa como apego a un cierto territorio más o menos delimitado.

Precisamente con este mismo sentido y connotaciones aparece la idea de patria prácticamente desde los inicios de la producción intelectual de Zorrilla; así por ejemplo en **Leyenda Patria** en la que no existe alusión alguna al concepto nación. Baste la cita de sus versos iniciales y/o los finales, en los que claramente se muestran todos estos temas anudados. Veamos los iniciales:

“Es la voz de la patria... pide gloria.../ Yo obedezco esa voz. A su llamado,/ Siento en el alma abiertos/ Los sepulcros que pueblan mi memoria,/ Y, en el sudario envueltos de la historia/ Levantarse sus muertos...”

Y las mismas ideas se vuelven a repetir en los finales:

“En las viriles arpas de tus bardos/ Palpiten las paternas tradiciones/ Y despierten las tumbas a sus muertos,/ A escuchar el honor de las canciones/ Y siempre piensa que tu heroico suelo/ No mide un palmo que valor no emane/ Pisas tumbas de héroes.../ (...)/ Protege, ¡oh Dios! La tumba de los libres;/ Protege a nuestra patria independiente...”

Aunque la cuestión no se mencione expresamente en el **Tabaré**, podría tratarse allí del enfrentamiento de dos naciones¹⁵ con destinos marcadamente diferentes. La defensa de su territorio, algo parecido a una “patria”, será motivo de desaparición de la nación indígena. En cambio para la nación española este territorio puede ser base para su expansión colonial o bien para el establecimiento de una nueva comunidad política, pero nunca una patria.

En particular en la **Epopeya**, en la que el lazo entre esas ideas o concepciones parece más estrecho, hemos visto ya que la nación oriental se constituye en el mismo momento en que se desprende del territorio; es decir, de la patria local.

En cuanto a la nación, si nos atenemos nuevamente a su etimología (la *natio*) ella parece remitir al lugar en que cada uno de los actualmente vivos, han nacido. Pero podría

¹⁵ Aunque seguramente Zorrilla dudaría mucho en otorgarle tal estatuto al pueblo charrúa.

admitir alguna ambigüedad; esto es, que puede referir tanto al lugar de nacimiento (sentido en el cual sería asimilable a patria y habilita en cierto modo su intercambiabilidad), como también al grupo de pertenencia, no necesariamente ligado (aunque generalmente lo esté) entonces a un territorio dado.

Una nación puede consistir de un grupo humano con ciertas características que lo vuelvan identificable, y que se perciba a sí mismo de tal modo. Algo de esto debe estar presente, ya sea en los hechos o en la teoría, para hablar de “nación cultural”. Una tal nación podría estar anclada a un territorio o patria pero al mismo tiempo no poseer un estado propio, y encontrarse en situación de sometimiento político. En consecuencia posible, una nación cultural que virtualmente o en los hechos se encuentre en lucha por su autodeterminación política y otros derechos.

Pero si asociamos la nación fundamentalmente al grupo de pertenencia, no resulta entonces condicionante en principio la atadura a un territorio. Tal es el caso que se plantea en **Epopeya**, aunque creemos que Zorrilla no presta suficiente atención a su propio planteo. Permaneciendo en su patria, ese particular grupo humano habría devenido un pueblo probablemente referido a una mera localidad, y habría resignado su aspiración a la independencia y autodeterminación “nacional”. Prefiere entonces convertirse en una nación política en marcha, incluso hasta un estado en marcha, aunque sin tierra en la que asentarse. Dejar atrás la patria es el precio de la autodeterminación en este caso, probablemente con el deseo o esperanza de retornar a ella. En la versión de Zorrilla la providencia le tiene reservado ese destino, pero quienes toman la decisión de convertirse en miserable nación política no tienen la menor seguridad de ello.

La cuestión teórica de la nación implica varios otros problemas. La nación moderna se presentaría unida al nacionalismo, y todo ello finalmente unido al Estado-nación. En el caso más o menos típico, tal parece que el Estado fuera el agente productor de la comunidad imaginada “nación”, y que el nacionalismo fuera en definitiva una suerte de ideología legitimante del mismo Estado, aunque la leyenda invierta los términos para que ese agente aparezca como resultado *a posteriori*. Por el contrario, para el romanticismo alemán la cuestión socio-política de fondo era la aspiración a la unidad política en un gran Estado nacional, de los pequeños Estados y territorios que se reconocían como partes separadas de una única cultura.

Pero como se sabe, el término nación no es en absoluto igualmente moderno. Palti (op.cit., pp 21 y sigs) recoge citas varias, por ejemplo del *Diccionario Oxford* inglés en el que ya en siglo XV se refiere a los escoceses, españoles y otros pueblos como “naciones”, apuntando a una cierta comunidad cultural antes que política. Y aún tres siglos antes, a mediados del XII (1140) en un informe de un obispo Bernard, éste se refiere a los galeses como nación; cualificación que en general se aplicaría a comunidades que se diferencian por su lengua, leyes, modos de juzgar y otros hábitos. De modo que más allá de la modernidad temporal de los románticos, sostenedores de la nación cultural, para ellos se trataba de enlazar una significación por lo menos medieval a un fenómeno social y político moderno.

Pero aún podrían encontrarse usos de este término tan atrás en el tiempo casi como se quiera. Así según Varrón (S I a.C.) serían muchas, tal vez innumerables, las naciones (luego lenguas) que habitaban las tierras europeas (en *De lingua latina*, V, XXXII, IV).

En Cicerón (*Filípicas*) por otro lado, parece aludir a un estadio civilizatorio, inferior en su visión al de los ciudadanos de Roma, tal que caracterizaría a aquellos pueblos no integrados al imperio, a los que por tanto califica como “bárbaros”. Todas esas “naciones” podrían ser (legítimamente) sometidas a servidumbre, pero Roma (tanto la ciudad como sus ciudadanos habitantes) jamás¹⁶. La filosofía política de Cicerón opone entonces la *civilitas* romana a las naciones, entendidas como sinónimo de barbarie; y probablemente estas naciones lograron oponerse a la expansión del dominio romano¹⁷. Y además de haberse aplicado prácticamente sin solución de continuidad temporal a pueblos, comunidades o grupos humanos de características específicas, también parece haberse calificado como nación a grupos de referencia intra-social (estamentos, clases).

Retornando al análisis casi contemporáneo de Renan, en la medida en que se aproxima al liberalismo, permitiría llevar al extremo la concepción política de nación acentuando la decisión voluntaria. Sin importar la procedencia de un individuo, éste podría optar consciente y voluntariamente por integrarse a cualquier nación que desee; aunque quedaría como problema la elección que haga ese supuesto individuo respecto de las tradiciones que porta consigo, y las nuevas a las que se integra.

Podría también plantearse el caso de una tal elección por un colectivo; o aún el de la pura construcción política de una nueva nación antes inexistente. Claro que también podrían imaginarse los casos inversos: el de la inmediata deconstrucción voluntaria; o el de la lenta desintegración por sucesivos y voluntarios abandonos. Las decisiones políticas individuales o colectivas pueden implicar una relativa imprevisibilidad, o un carácter accidental y azaroso.

Sería posible que cada uno de los múltiples casos mencionados diera lugar a un tipo particular de relato fundacional, implicando tal vez algunas variaciones en su esquema constructivo, así como en el actor o actores fundamentales de la genealogía nacional.

El Uruguay en que vive Zorrilla registra una sostenida inmigración y ha pasado además por una reciente guerra civil. La recomposición de comunidad es tan necesaria como también la integración. Tal comunidad podría fundarse en una nueva construcción política, y/o en la fijación de las decisiones voluntarias de los que se integran a ella. De cualquier modo exigirá la superación del carácter accidental.

Puede que a este fin resulte funcional la propia leyenda fundacional. En cierto sentido será necesario convertir la nueva nación en patria, operación que requiere siempre muertos antecedentes. Y en caso que ellos no existan habrá que producirlos (o reproducirlos literaria e imaginariamente). Pero cualquier muerte dividiría la comunidad que se pretende crear. Será entonces necesaria una muerte que una a todos, creando de paso un pasado en común y obviamente comunidad. Un antepasado del hogar imaginario tal que lo proteja y promueva, y lo vuelva trascendente en ambos sentidos de la línea temporal. Y quién mejor, o que antepasado mejor que el antepasado común? Es decir, nadie mejor que el propio héroe fundador podría completar y llevar a término los

¹⁶ Fuente para estas referencias: <https://es.wikipedia.org/wiki/Nacionalismo>

¹⁷ Por contrapartida la *civilitas* debe alcanzar a todos los pueblos o etnias que “aceptaron” la integración, convertidos en “romanos” por extensión, aunque seguramente en una escala de compleja graduación.

necesarios e insoslayables rituales de fundación. Aunque su muerte relevante haya sido sólo simbólica, resultará suficiente para el caso.

Según la tradición épica, su héroe debe morir para que la leyenda deje huellas efectivas. Según la tradición religiosa, el héroe debe resucitar para que la nación que él ha fundado se continúe y lo trascienda. Aunque esta trascendencia sea por supuesto no más que terrenal, mientras que la del héroe sea intemporal en la nación. Esto es, el héroe, su leyenda, los símbolos que él evoca, permanecen inmanentes en el imaginario, la memoria, y la continua vida de la nación.

Bibliografía

Achugar, Hugo: **Poesía y sociedad**. Arca, Montevideo, 1985.

----- (comp.): **La fundación por la palabra**. Universidad de la República, Depto. Publicaciones Fac. Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, 1998.

Anderson, Benedict (1983): **Comunidades imaginadas**. F.C.E., México, 1993

Carlyle, Thomas (1841): **On heroes, hero-worship, and the heroic in history**. D. Appleton, New York, 1942

----- (1841): **Los héroes o lo heroico en la historia**.

Castillo, Alejandra et al. (edits.): **Nación, Estado y Cultura en América Latina**. Facultad de Filosofía y Humanidades de Universidad de Chile, 2003

Demasi, Carlos y Eduardo Piazza (comps.): **Los héroes fundadores**. Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Fac. Humanidades y Ciencias de la Educación, Univ. De la República, Montevideo, 2006.

Durand, Gilbert: **Mitos y sociedades. Introducción a la mitología**. Biblos, Buenos Aires, 2003.

Hobsbawm, Eric (1990): **Naciones y nacionalismo desde 1780**. Crítica, Barcelona, 2000.

Kirk, G. S.: **El mito. Significado y funciones en la antigüedad y otras culturas**. Paidós, Barcelona, 2006.

Llobera, Josep: **El dios de la modernidad**. Anagrama, Barcelona, 1996

Nietzsche, Federico (1874): *Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*. En Nietzsche: **Consideraciones intempestivas**. Alianza, Buenos Aires, 2007

Palti, Elías: **La nación como problema**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2003

Pivel Devoto, Juan: **De la leyenda negra al culto artiguista**. Cuadernos de Marcha Tercera Epoca, Montevideo, 2000.

Renan, Ernest (1882): **¿Qué es una nación?** Sequitur, Madrid, 2007

Smith, Anthony: **Nacionalismo**. Alianza, Madrid, 2004

Zorrilla de San Martín, Juan: **La Epopeya de Artigas**. Imprenta Nacional Colorada, Montevideo, 1930

-----: **Conferencias y discursos**. Imprenta Bertrán y Castro, Montevideo, 1905.